

en primera persona, la fotografía, las historias de vida, los «hechos» ficcionalizados, los materiales biográficos y autobiográficos, entre otros recursos. Los investigadores cuantitativos, a su vez, utilizan modelos matemáticos, tablas y gráficos estadísticos, y a menudo escriben sobre sus investigaciones de modo impersonal, en tercera persona.

Tensiones en el interior de la investigación cualitativa

Sería erróneo pretender que todos los investigadores cualitativos comparten los mismos presupuestos sobre los cinco puntos de diferencia recién comentados. Como expondremos a continuación, los discursos de la investigación cualitativa están conformados por diferencias positivistas, pospositivistas y posestructuralistas. Los académicos cualitativos interpretativos realistas y pospositivistas critican a los posestructuralistas por el giro textual y narrativo que éstos han dado. Según afirman, este giro comporta una actitud autocomplaciente, y produce las condiciones para «un diálogo de sordos con uno mismo y con la comunidad» (Silverman, 1997, pág. 240). A quienes tratan de captar el punto de vista del sujeto que interactúa en el mundo, los críticos los acusan de humanismo ingenuo, de reproducir «un impulso romántico que eleva la experiencia al nivel de lo auténtico» (Silverman, 1997, pág. 248).

También están quienes dicen que los que adhieren al giro textual y performativo ignoran, en verdad, la experiencia vivida. Snow y Morrill (1995) afirman que «este giro performativo, como la preocupación por el discurso y el relato, nos alejará decisivamente del campo de la acción social y los dramas reales del mundo real, convirtiéndose en la partida de defunción de la etnografía como una ciencia basada en los datos empíricos» (pág. 361). No hay que aclarar que estamos en desacuerdo.

Realismo crítico

Para algunos, existe una tercera vía entre el positivismo ingenuo y el posestructuralismo. El realismo crítico es un movimiento antipositivista en las ciencias sociales, muy asociado con los trabajos de Roy Bhaskar y Rom Harré (Danermark, Ekström, Jakobsen y Karlsson, 2002). Los realistas críticos utilizan el término «crítica» en un sentido peculiar. No se refieren a la teoría crítica estilo escuela de Fráncfort, si bien hay rastros de crítica social aquí y allá (véase Danermark y

otros, 2002, pág. 201). En lugar de eso, «crítico», en este contexto, remite a un realismo trascendente que rechaza el universalismo metodológico y la pretensión universal de la verdad. Los realistas críticos se oponen a las epistemologías del positivismo lógico, al relativismo y a las epistemologías antifundacionales. Concuerdan con los positivistas en que existe un mundo externo de eventos que resulta observable e independiente de la conciencia humana, pero afirman que el conocimiento acerca de ese mundo se construye socialmente. La sociedad la conforman seres humanos que sienten y piensan, y sus interpretaciones del mundo deben ser estudiadas (Danermark y otros, 2002, pág. 200). Los realistas críticos rechazan la teoría de la verdad como correspondencia; creen, por el contrario, que la realidad se ordena en niveles, y que el trabajo científico debe ir más allá de los juicios de regularidad hacia el análisis de los mecanismos, procesos y estructuras que definen los patrones observables.

Sin embargo, como teóricos críticos posempiristas y antifundacionalistas, rechazamos una gran parte de lo que los realistas críticos proponen. A lo largo del siglo pasado, las ciencias sociales y la filosofía se entrelazaron completamente entre sí. Diversos «ismos» y movimientos filosóficos entrecruzaron discursos sociológicos y educacionales, desde el positivismo hasta el pospositivismo, la filosofía analítica y la filosofía del lenguaje, la hermenéutica, el estructuralismo, el posestructuralismo, el marxismo, el feminismo, y todas las versiones postpost de lo anterior. Algunos dicen que los positivistas lógicos guiaron a las ciencias sociales en un riguroso curso de autodestrucción.

No creemos que el realismo crítico pueda mantener a flote el barco de las ciencias sociales. Las ciencias sociales son disciplinas normativas, involucradas desde el vamos en valoraciones y temas de ideología, poder, deseo, sexismo, racismo, dominación, represión y control. Lo que buscamos es una ciencia social comprometida profundamente con temas de justicia social, no violencia, equidad, paz y derechos humanos. No queremos una ciencia social que diga que puede abordar estos temas a voluntad. Para nosotros, ésa ya no es una elección viable.

Contando con estas diferencias entre distintas tradiciones interpretativas y dentro de cada una de ellas, a continuación discutiremos brevemente la historia de la investigación cualitativa. Segmentamos esta historia en ocho momentos, conscientes de que toda historia es arbitraria y responde siempre, al menos en parte, a una construcción social.

La historia de la investigación cualitativa

La historia de la investigación cualitativa revela que las modernas ciencias sociales tomaron como misión «el análisis y la compren-

sión de los patrones que toman los procesos sociales y de conducta en una determinada sociedad» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 37). La idea de que los científicos sociales fueran capaces de realizar con éxito esa tarea presuponía que poseían la capacidad de observar el mundo objetivamente. Así, los métodos cualitativos resultaron la herramienta principal para semejantes observaciones.¹³

A lo largo de la historia de la investigación cualitativa, los investigadores definieron su trabajo en términos de esperanzas y valores, «creencias religiosas, ideologías profesionales y laborales» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39). La investigación cualitativa (como toda forma de investigación) siempre fue juzgada «con la regla de si un determinado trabajo nos comunica o “dice” algo» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39), sobre la base de cómo conceptualizamos nuestra realidad y nuestras imágenes del mundo. *Epistemología* es la palabra que históricamente definió estas reglas de evaluación. En el período contemporáneo, como argumentamos arriba, muchos lugares comunes sobre la epistemología fueron reexaminados.

El trabajo de Vidich y Lyman (2000) sobre la historia de la investigación cualitativa cubre los siguientes estadios (un tanto) superpuestos: la etnografía temprana (hasta el siglo XVII), la etnografía colonial (exploradores de los siglos XVII, XVIII y XIX), la etnografía de los indígenas norteamericanos como «Otros» (antropología del siglo XIX tardío y comienzos del siglo XX), estudios de comunidades y etnografía de los inmigrantes de los Estados Unidos (desde comienzos del siglo XX hasta la década de 1960), estudios de la etnicidad y la asimilación (mediados de siglo hasta la década de 1980) y el presente, que llamamos *octavo momento*.

En cada una de estas eras, los investigadores fueron influenciados por sus esperanzas políticas e ideologías, efectuando descubrimientos en sus investigaciones que confirmaban sus teorías o creencias previas. Los primeros etnógrafos confirmaron la diversidad racial y cultural de los pueblos a lo largo del globo y trataron de adecuar esta diversidad a una teoría sobre los orígenes de la historia, las razas y las civilizaciones. A su vez, los etnógrafos coloniales, antes de la profesionalización de la etnografía en el siglo XX, promovieron un pluralismo colonial que libraba a los nativos a su propia suerte a medida que sus líderes eran cooptados por la administración de las colonias.

Los etnógrafos europeos estudiaron a los africanos, a los asiáticos y a otros pueblos de color del Tercer Mundo. Los primeros etnógrafos de Estados Unidos estudiaron a los indígenas norteamericanos desde

¹³ En este sentido, toda investigación es cualitativa, pues «el investigador está en el centro del proceso de investigación» (Vidich y Lyman, 2000, pág. 39).

la perspectiva del conquistador, que veía el mundo de la vida de los primitivos como una ventana al pasado prehistórico. La misión calvinista de salvar a los indios pronto se trasladó a la misión de salvar a las «hordas» de inmigrantes que entraron en Estados Unidos al comenzar el proceso de industrialización. Los estudios del Otro étnico procedentes de la comunidad cualitativa proliferaron desde comienzos de 1900 hasta la década de 1960, e incluyen los trabajos de Franklin Frazier, Robert Park, Robert Redfield y sus estudiantes, William Foote Whyte, los Lynds, August Hollingshead, Herbert Gans, Stanford Lyman, Arthur Vidich y Joseph Bensman. Los estudios étnicos posteriores a 1960 desafiaron la hipótesis del crisol de razas de Park y sus seguidores, en sintonía con el surgimiento de los programas de estudios étnicos que encontraron a los nativos norteamericanos, latinos, asiáticos y afroamericanos tratando de tomar control de los estudios sobre sus propios pueblos.

El debate posmoderno y posestructuralista emergió a mediados de la década de 1980, cuestionando los supuestos que organizaron la temprana historia del campo en cada uno de sus momentos de colonización. Según afirman Vidich y Lyman (2000), la investigación cualitativa que cruza la «frontera posmoderna» le exige al académico «que abandone todos sus valores, teorías, perspectivas y prejuicios establecidos y preconcebidos [...] como recursos para el trabajo etnográfico» (pág. 60). En esta nueva era, el investigador cualitativo hace más que meramente observar la historia; le toca jugar un papel activo en ella. Nuevos relatos del campo se escribirán a partir de este momento, y reflejarán el compromiso personal y directo de los investigadores con este período histórico.

El análisis de Vidich y Lyman cubre todo el arco de la historia de la etnografía. El nuestro se limita a los siglos XX y XXI y complementa muchas de las divisiones del trabajo de Vidich y Lyman. Comenzamos con los trabajos fundacionales de los británicos y franceses, y las escuelas de sociología y antropología de Chicago, Columbia, Harvard y Berkeley. Este período fundacional temprano es el que sentó las bases y estableció las normas de la investigación cualitativa y etnográfica clásica (véanse Gupta y Ferguson, 1997; Rosaldo, 1989; Stocking, 1989).

Los ocho momentos de la investigación cualitativa

Como hemos dicho, dividimos nuestra historia de la investigación cualitativa en América del Norte en ocho momentos, que cubren el

siglo XX y lo que va del XXI. Describiremos estos ocho momentos a continuación.

El período tradicional

Llamamos «período tradicional» a nuestro primer momento (que cubre las fases segunda y tercera de Vidich y Lyman, 2000). Este período comienza hacia 1900 y continúa hasta la Segunda Guerra Mundial. Durante él, los investigadores cualitativos escribieron informes «objetivos», colonialistas, de experiencias de campo que reflejaban el paradigma científico positivista. Su preocupación central consistía en ofrecer interpretaciones válidas, confiables y objetivas en sus escritos. El «Otro» que estudiaban era un «extraño», remoto y desconocido.

Así comenta Malinowski (1967) sus experiencias de campo en Nueva Guinea y las Islas Trobriand en los años 1914-1915 y 1917-1918. Vemos cómo para él la obtención de datos podía ser una cuestión de trueque:

Nada me impulsaba a hacer trabajo etnográfico [...]. En conjunto, la aldea me impresionó más bien desfavorablemente. Hay una cierta desorganización [...]. El persistente alboroto de la gente riendo, mirándome y mintiéndome me descorazonó ampliamente [...]. Fui a la aldea con la expectativa de tomar unas pocas fotos de la danza *bara*. Repartí algo de tabaco y contemplé un par de danzas. Tomé fotografías, pero no resultaron buenas [...]. No posaban el tiempo suficiente para lograr una buena exposición, y por momentos me enfurecía, particularmente porque se iban corriendo una vez que les había dado el tabaco (citado por Geertz, 1988, págs. 73-74).

En otro texto, este trabajador de campo, solitario, frustrado y aislado describe sus métodos del siguiente modo:

En el campo, uno debe enfrentar un caos de hechos [...]. En su forma más cruda, no se trata de hechos científicos en lo absoluto; son hechos elusivos, y sólo pueden fijarse mediante la interpretación [...]. *Sólo las generalizaciones y las leyes constituyen hechos científicos*, y el trabajo de campo consiste única y exclusivamente en interpretaciones de la caótica realidad social, subordinándola a leyes generales (Malinowski, 1916/1948, pág. 328; citado por Geertz, 1988, pág. 81).

Las observaciones de Malinowski son provocativas. Por un lado, muestran desprecio por el trabajo de campo, pero, por el otro, hablan de él en el glorificado lenguaje de la ciencia, con leyes y generalizaciones surgidas de esta extraña experiencia.

Durante este período, el trabajador de campo era tratado como un rey, una figura enormemente prestigiosa que desembarcaba en el terreno y volvía con relatos sobre extraños pueblos. Rosaldo (1989) se refiere a esta etapa como el «período del etnógrafo solitario», el período del hombre de ciencia que se hacía a la mar en busca de una tierra nativa y distante. Allí, esta figura «encontraba el objeto de su búsqueda [...] y se sometía a un rito de pasaje al atravesar la terrible experiencia del “trabajo de campo”» (pág. 30). Vuelto a casa cargado de datos, el etnógrafo solitario escribía un objetivo informe sobre la cultura estudiada, estructurado según las normas de la etnografía clásica, un manojito sagrado de términos (Rosaldo, 1989, pág. 31) que organizaba los textos etnográficos de acuerdo con cuatro creencias y compromisos: el compromiso con el objetivismo, la complicidad con el imperialismo, la creencia en el monumentalismo (la etnografía debía dar una imagen de museo de la cultura estudiada) y la creencia en la atemporalidad (lo estudiado nunca cambiaría). El Otro era simplemente un «objeto» para archivar. Este modelo de investigador, capaz de escribir teorías complejas y densas sobre su objeto, sigue en gran medida vigente.

El mito del etnógrafo solitario ilustra el nacimiento de la etnografía clásica. Los textos de Malinowski, Radcliffe-Brown, Margaret Mead y Gregory Bateson todavía se estudian cuidadosamente por lo que le enseñan al novicio sobre el trabajo de campo, el uso de las notas de campo y la escritura de teoría. Sin embargo, la figura del etnógrafo solitario se ha hecho añicos. Muchos académicos ven la obra de los etnógrafos clásicos como reliquias del pasado colonial (Rosaldo, 1989, pág. 44) y, mientras algunos todavía sienten nostalgia por este pasado, otros celebran que ya haya quedado atrás. Rosaldo (1989) cita a Cora Du Bois, una retirada profesora de antropología de Harvard, quien añoraba los viejos tiempos en una conferencia que dictó en 1980, al referirse a la crisis de la antropología: «[Siento distancia] de la complejidad y el desarreglo de lo que una vez consideré que era una disciplina respetable y atractiva. [...] Fue como pasar de un distinguido museo de arte a una feria de garaje» (pág. 44).

Du Bois considera las etnografías clásicas como obras de arte atemporales, conservadas en un museo. Se siente incómoda en el caos de la venta de garaje. En cambio, Rosaldo (1989) es afecto a esta metáfora porque «provee una imagen precisa de la situación poscolonial en la que los artefactos culturales circulan entre sitios dispares, en la que nada es sagrado ni permanente, nada está garantizado de antemano. La imagen de la antropología como una venta de garaje describe nuestra situación global actual» (pág. 44). Ciertamente, muchos tesoros valiosos pueden encontrarse en lugares inesperados, si uno mira con atención y paciencia. Las viejas reglas ya no tienen vigencia; las etnografías no producen verdades atemporales y el compromiso con el

objetivismo hoy en día se encuentra en duda. La complicidad de la antropología con el imperialismo es ampliamente debatida actualmente, y la creencia en el monumentalismo es cosa del pasado.

El legado de este primer período comienza a fines del siglo XIX, cuando la novela y las ciencias sociales se disocian en dos sistemas de discurso separados (Clough, 1998, págs. 21-22). En cualquier caso, la escuela de Chicago, con su énfasis en la historia de vida y el enfoque del material etnográfico como «fragmentos de la vida tal como es vivida», buscaron desarrollar una metodología interpretativa cuyo enfoque mantuviera la centralidad de la historia de vida narrada. Esto condujo a la producción de textos que dieron al investigador, como autor, la posibilidad de representar la historia del sujeto estudiado. Escritos bajo el manto de un realismo social honrado y desprovisto de sentimientos, estos textos utilizaban el lenguaje de la gente común y articulaban, en las ciencias sociales, una versión del naturalismo literario, lo que a menudo producía la ilusión catártica de que se había encontrado la solución para un problema social. Como los filmes sobre delincuencia juvenil y otros «problemas sociales» de la época de la Depresión (Roffman y Purdy, 1981), estas crónicas romantizaban al sujeto, convirtiendo al diferente en un héroe de película. Como su correlato cinematográfico, estos relatos sociológicos tienen usualmente finales felices, en la medida en que acompañan a sus héroes a lo largo de las tres etapas acostumbradas del relato moral clásico: estado de gracia, seducción por el mal y caída, redención a través del sufrimiento.

Fase modernista

La fase modernista, o segundo momento, se construyó sobre los trabajos canónicos del período tradicional con una visión que seguía valorando el realismo social, el naturalismo y las historias de vida. Esta fase cubre el período de posguerra, se extiende hasta la década de 1970 y todavía determina, hoy en día, la dirección del trabajo de muchos investigadores (véanse reseñas detalladas en Wolcott, 1990, 1992, 1995; véase también Tedlock, Capítulo 18 de este *Manual*). En este período, muchos textos tratan de formalizar los métodos cualitativos (véanse, por ejemplo, Bogdan y Taylor, 1975; Cicourel, 1964; Filstead, 1970; Glaser y Strauss, 1967; Lofland, 1971, 1995; Lofland y Lofland, 1984, 1995; Taylor y Bogdan, 1998).¹⁴ El etnógrafo modernista

¹⁴ Véase Lincoln y Guba (1985) para una elaboración extendida de esta tradición a mediados de los años ochenta. Para extensiones más recientes, véase Taylor y Bogdan (1998) y Creswell (1998).

y el observador participante de la sociología intentaron emprender estudios cualitativos rigurosos de importantes procesos sociales, incluyendo la desviación y el control social en el aula de clase y en la sociedad. En términos generales, éste fue un momento de fermentación creativa.

Una nueva generación de estudiantes de posgrado de todas las disciplinas humanas se encontró con teorías interpretativas nuevas: etnometodología, fenomenología, teoría crítica, feminismo, etcétera. Se sintieron atraídos por las prácticas de investigación cualitativa, pues les permitirían darle una voz a las clases subalternas. Por esa época, el pospositivismo funcionaba como un poderoso paradigma epistemológico. Los investigadores trataron de adecuar el modelo de Campbell y Stanley (1963) de interna y externa validez de las concepciones constructivista e interaccionista del acto de investigación. Por este motivo, también, volvieron a los textos de la escuela de Chicago como fuentes de inspiración (véase Denzin, 1970, 1978).

Boys in White sigue siendo un texto canónico de este momento (Becker y otros, 1961; véase también Becker, 1998). Firmemente atrincherada en el discurso metodológico de mediados del siglo XX, esta obra apostó al desarrollo de la investigación cualitativa como un tipo de investigación tan rigurosa como su contraparte cuantitativa. Las narrativas causales fueron centrales al proyecto. Este trabajo multimetodológico combinó las formas abiertas y semiestructuradas de la entrevista con la observación participante y el cuidadoso análisis del material en formas estadísticas estandarizadas. En su clásico artículo «Problems of Inference and Proof in Participant Observation», Howard S. Becker (1958/1970) describe este uso de la cuasiestadística:

Las observaciones participantes fueron ocasionalmente recolectadas de formas estandarizadas, susceptibles de ser transformadas en datos estadísticos legítimos. Pero las exigencias del campo normalmente impiden la recolección de datos de forma tal que puedan adecuarse a los requerimientos de la prueba estadística, de modo que el observador trabaja con lo que se ha llamado «cuasiestadística». Sus conclusiones, si bien implícitamente numéricas, no requieren cuantificación precisa (pág. 31).

En el análisis de datos, según Becker, el investigador cualitativo sigue el ejemplo de colegas más orientados al trabajo cuantitativo. El investigador busca probabilidades, o trata de apoyar sus argumentos en la plausibilidad o frecuencia con que una conclusión se aplica a una situación específica (véase también Becker, 1998, págs. 166-170). Así fue que el trabajo en el período modernista se disfrazó con el lenguaje y la retórica del discurso positivista y pospositivista.

Esa etapa constituye la edad dorada de la investigación cualitativa rigurosa, representada en la sociología por *Boys in White* (Becker y otros, 1961) en un extremo, y *The Discovery of Grounded Theory* (Glaser y Strauss, 1967) en el otro. En ciencias de la educación, la investigación cualitativa de este período la definieron los trabajos de George y Louise Spindler, Jules Henry, Harry Wolcott y John Singleton. Todavía hoy se mantiene vigente esta forma de investigación cualitativa en trabajos como los de Strauss y Corbin (1998) y Ryan y Bernard (2000).

La «edad dorada» reforzó la imagen de la investigación cualitativa como un romanticismo cultural. Imbuidos de nociones prometeicas sobre el poder humano, los investigadores valoraban a los villanos y a los marginales como héroes enfrentados con la sociedad convencional. Estos autores encarnaron la creencia en la contingencia del *self* y de la sociedad, sostuvieron ideales emancipatorios «por los que vivir y morir», y pusieron en circulación una mirada trágica y a menudo irónica sobre la sociedad y el *self*, en línea con una enorme tradición de izquierdistas culturales románticos que podría incluir a Emerson, Marx, James, Dewey, Gramsci y Martin Luther King (h.) (West, 1989, Capítulo 6).

A medida que este momento llegaba a su fin, la guerra de Vietnam era el tema omnipresente en la sociedad estadounidense. En 1969, en paralelo a estas corrientes políticas, Herbert Blumer y Everett Hughes se encontraron con un grupo de jóvenes sociólogos llamados «los Rebeldes de Chicago» en las reuniones de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos que tenían lugar en San Francisco y compartieron sus memorias de los «años de Chicago». Lyn Lofland (1980) describe esta época como

un momento de gran fermentación creativa, tanto a nivel académico como político. Los encuentros de San Francisco no fueron meramente el escenario del evento de Blumer-Hughes, sino una verdadera «contrarrevolución» [...]. Un grupo primero empezó a hablar de [...] los problemas de ser una socióloga mujer [...]. La disciplina, literalmente, parecía explotar desde adentro gracias a nuevas ideas: [...] [entre ellas] la teoría del *labelling*, la etnometodología, la teoría del conflicto, la fenomenología, el análisis dramaturgico (pág. 253).

Así fue como la etapa moderna llegó a su fin.

El desdibujamiento de los géneros

Al comenzar la tercera etapa (1970-1986), que llamamos el período del desdibujamiento de los géneros, los investigadores cualitativos

tenían a su disposición una amplia provisión de paradigmas, métodos y estrategias para emplear en sus investigaciones. Las teorías cubrían el espectro que va del interaccionismo simbólico al constructivismo, la investigación naturalista, el positivismo y el pospositivismo, la fenomenología, la etnometodología, la teoría crítica, la teoría neomarxista, la semiótica, el estructuralismo, el feminismo y varios paradigmas étnico-raciales. La investigación cualitativa aplicada iba ganando lugar, y la política y la ética de la investigación cualitativa (implicadas, como estaban, en varias aplicaciones de estas metodologías) eran temas a los que se les prestaba considerable atención. Las estrategias de investigación y los formatos textuales utilizados para comunicar las investigaciones iban de la teoría fundamentada al estudio de casos e incluían los métodos de la investigación histórica, biográfica, etnográfica y clínica, así como la investigación-acción. Diversos modos de recolección y análisis del material empírico estaban a disposición, incluyendo entrevistas cualitativas (de final abierto y semiestructuradas) y experiencias observacionales, visuales y personales y métodos documentales. Las computadoras estaban empezando a usarse, e iban a convertirse, en la siguiente década, en un instrumento fundamental para el análisis de datos cualitativos, en paralelo con los métodos de la semiótica, el análisis del relato y el de contenido para la lectura de entrevistas y textos culturales.

Dos libros de Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (1973) y *Local Knowledge* (1983) definen el comienzo y el fin de este período. En estos dos textos, Geertz sostiene que el viejo enfoque funcionalista, positivista, conductista y totalizante en las ciencias humanas estaba abriéndole paso a una perspectiva más pluralista, interpretativa y dialógica, que tomaba las representaciones culturales y sus significados como puntos de partida para el trabajo. Geertz pedía una «descripción densa» de los fenómenos, los rituales y las costumbres particulares, y sugería que todos los textos antropológicos son por definición interpretaciones de interpretaciones.¹⁵ El observador no tiene una voz privilegiada en las interpretaciones que se escriben. La tarea central de la teoría es generar sentido a partir de una situación local.

Geertz llegó a proponer que los límites entre las ciencias sociales y las humanidades se habían borrado. Los científicos sociales debían, pues, buscar en las humanidades sus modelos, teorías y métodos de análisis (la semiótica, la hermenéutica, etcétera). Lo que estaba teniendo lugar era una suerte de diáspora de géneros: documentales que

¹⁵ Greenblatt (1997, págs. 15-18) proporciona una lectura deconstructiva muy útil de los muchos sentidos y prácticas que Geertz engloba bajo el concepto de *descripción densa*.

podían leerse como ficción (Mailer), parábolas con pretensiones de etnografía (Castaneda), tratados teóricos con apariencia de charlas sobre viajes (Lévi-Strauss), etcétera. Al mismo tiempo, comenzaban a emerger nuevos enfoques: el posestructuralismo (Barthes), el neopositivismo (Philips), el neomarxismo (Althusser), el descriptivismo a escala micro y macro (Geertz), las teorías rituales del drama y la cultura (V. Turner), el deconstruccionismo (Derrida), la etnometodología (Garfinkel). La edad dorada de las ciencias sociales ya había pasado, y comenzaba una nueva era de géneros interpretativos desdibujados. El ensayo como forma artística reemplazaba al artículo científico, y la presencia del autor en el texto interpretativo se volvía intencional (Geertz, 1988). ¿Cómo puede hablar con autoridad el investigador en una era en la que ya no existen reglas firmes respecto del texto, el lugar del autor en él, sus estándares de evaluación y su objeto de estudio?

Los paradigmas naturalista, pospositivista y construccionista ganaron importancia en este período, especialmente en el ámbito de la educación, en los trabajos de Harry Wolcott, Frederick Erickson, Egon Guba, Yvonna Lincoln, Robert Stake y Elliot Eisner. Hacia fines de la década de 1970, ya existían varias publicaciones de investigación cualitativa, incluyendo *Urban Life and Culture* (hoy en día *Journal of Contemporary Ethnography*), *Cultural Anthropology*, *Anthropology and Education Quarterly*, *Qualitative Sociology* y *Symbolic Interaction*, así como la serie de libros *Studies in Symbolic Interaction*.

La crisis de la representación

A mediados de la década de 1980 ocurrió una profunda ruptura. Lo que llamamos cuarto momento o crisis de la representación comienza con textos como *Anthropology as Cultural Critique* (Marcus y Fischer, 1986), *The Anthropology of Experience* (Turner y Bruner, 1986), *Writing Culture* (Clifford y Marcus, 1986), *Works and Lives* (Geertz, 1988) y *The Predicament of Culture* (Clifford, 1988). Estos trabajos impulsaron una práctica más reflexiva de la investigación y la escritura, y problematizaron temas de género, clase social y raza. Son, de algún modo, la articulación de las consecuencias del «desdibujamiento de los géneros» de la interpretación de Geertz de comienzos de esa década.¹⁶

Los investigadores cualitativos comenzaron a ensayar con nuevos modelos de verdad, nuevos métodos y formas de representación (Rosaldó, 1989). De este modo, se completó el proceso de erosión de las

¹⁶ Estos trabajos marginalizaron y minimizaron las contribuciones de la teoría y la investigación del punto de vista, de procedencia feminista (véanse Behar, 1995, pág. 3; Gordon, 1995, pág. 432).

normas clásicas de la antropología: su objetivismo, su complicidad con el colonialismo, su noción de la vida social como un todo estructurado por rituales y costumbres fijas, la investigación etnográfica como monumento a una determinada cultura (véase Rosaldó, 1989, págs. 44-45; véase también Jackson, 1998, págs. 7-8). La teoría crítica, el feminismo y las epistemologías con orientación racial competían ahora por el protagonismo en el campo, cuyos puntos de atención se redefinían gradualmente. Temas como la validez, la comprobabilidad y la objetividad, que se creían anteriormente determinados de una vez y para siempre, se volvieron problemáticos una vez más. Teorías basadas en la interpretación y el estudio de patrones, en contraposición a las explicaciones causales lineales, se volvieron más comunes a medida que los autores insistían en cuestionar los viejos modelos de verdad y significado (Rosaldó, 1989).

Stoller y Olkes (1987, pág. 227-229) narraron con elocuencia el modo en que percibieron la crisis de la representación durante su trabajo de campo entre los songhays de Nigeria. Stoller afirmó: «Cuando comencé a escribir textos antropológicos, me limitaba a las convenciones que prescribía mi entrenamiento: “recolectar datos”, y una vez que los “datos” se encontrasen ordenados en montoncitos prolijos, “pasaba todo por escrito”. Recuerdo que una vez reduje un conjunto de insultos de los songhays a una serie de fórmulas ordenadas lógicamente» (pág. 227). Stoller se sintió insatisfecho con esta forma de escritura, en parte porque se enteró de que «todos me habían estado mintiendo [...] y los datos que tanto esfuerzo me costaba recolectar resultaban finalmente inútiles. Al cabo, aprendí una lección: los informantes usualmente le mientan a los antropólogos para quienes trabajan» (Stoller y Olkes, 1987, pág. 9). Este descubrimiento a su vez condujo a un segundo hallazgo: al seguir las convenciones del realismo etnográfico, Stoller se había excluido a sí mismo en la edición de su texto. Todo esto lo llevó a escribir textos de un tipo diferente, una suerte de memoria en la cual él mismo pasaba a ser uno de los personajes centrales de lo que contaba. Este relato, un informe de sus experiencias en el mundo de los songhays, se convirtió en un análisis del choque entre su propio mundo y el de la brujería songhay. Por esto, el viaje de Stoller representa un intento de luchar con la crisis de la representación en este cuarto momento.

Clough (1998) articula los problemas que generó esta crisis, y critica a quienes argumentan que las nuevas formas de escritura constituyen un camino de escape. Escribe:

Si bien muchos sociólogos que abonan actualmente la crítica de la etnografía consideran la escritura «como algo nuclearmente central al proyecto etnográfico» [Van Maanen, 1988, pág. xi], los problemas de la escritura se consideran aun así diferentes a los del método o el tra-

bajo de campo considerados en sí mismos. Por ende, la solución que usualmente se ofrece consiste en la experimentación con la escritura, esto es, en un modo de escribir autoconsciente (pág. 136).

Lo que debemos analizar es, precisamente, esta insistencia en la distinción entre escritura y trabajo de campo. (Richardson y St. Pierre articulan con bastante profundidad el problema en el Capítulo 38 de este *Manual*.)

Al escribir, el trabajador de campo se arroga autoridad científica y moral, y es una reivindicación de este tipo lo que les permite a los textos etnográficos realistas y experimentalistas presentarse como fuente de validez para una ciencia empírica. Muestran que el mundo de la experiencia vivida en la realidad todavía puede asirse, al menos en las memorias, los experimentos ficcionales o las lecturas teatralizadas del escritor. Pero estos trabajos comportan el riesgo de alejar la atención de los modos en que el texto construye individuos situados sexualmente en un campo de diferencias sociales. Asimismo, estos textos perpetúan la «hegemonía de la ciencia empírica» (Clough, 1998, pág. 8), desde el momento en que estas nuevas tecnologías del sujeto basadas en la escritura se convierten en el sitio «para la construcción de saber-poder [...] [alineada con] el eje capital-Estado» (Aronowitz, 1988, pág. 300. Citado en Clough, 1998, pág. 8). Estos experimentos aparecen contra (y se repliegan frente a) la diferencia entre ciencia empírica y crítica social. Muy a menudo, carecen de compromiso pleno con una política de la textualidad que «rechace la identidad de la ciencia empírica» (Clough, 1998, pág. 135). Esta nueva crítica social «ha de intervenir en la relación entre economía de la información, política del Estado-nación y medios de comunicación masivos, especialmente en relación con la función de las ciencias empíricas» (Clough, 1998, pág. 16). Por supuesto, éste es el terreno que ocupan los estudios culturales.

En el Capítulo 38 de esta obra, Richardson y St. Pierre desarrollan los argumentos mencionados arriba, señalando que la escritura es un método de investigación que pasa por etapas sucesivas de autorreflexión. Como una serie de representaciones escritas, el texto resultante del trabajo de campo fluye de la experiencia del campo a trabajos intermedios, trabajos avanzados y, finalmente, al texto de la investigación, que constituye la presentación pública de la experiencia etnográfica y narrativa. De este modo se entremezclan la escritura y el trabajo de campo. Al final del recorrido, no hay diferencias entre una y otro. Estas dos perspectivas se constituyen la una a la otra a lo largo de cada capítulo de esta obra. En este sentido, la crisis de la representación mueve a la investigación cualitativa en nuevas direcciones críticas.

Una triple crisis

Hoy en día, incluso, la autoridad del etnógrafo se encuentra bajo ataque (Behar, 1995, pág. 3; Gupta y Ferguson, 1997, pág. 16; Jackson, 1998; Ortner, 1997, pág. 2). Los investigadores cualitativos en las disciplinas humanas enfrentan, de hecho, una triple crisis: de representación, de legitimación y de praxis. Integradas en los discursos del posestructuralismo y del posmodernismo (Vidich y Lyman, 2000; véase también Richardson y St. Pierre, Capítulo 38 de este *Manual*), estas tres crisis se codifican con términos diversos, alternativamente denominadas según (y asociadas con) los giros *crítico*, *interpretativo*, *lingüístico*, *feminista* y *retórico* de la teoría social. Estos sucesivos giros vuelven problemáticas dos asunciones clave de la investigación cualitativa. En primer lugar, los investigadores cualitativos ya no pueden captar la experiencia vivida directamente. Esta experiencia, se dice, se crea en el texto social que escribe el investigador. Un cuestionamiento semejante corresponde a la crisis de la representación: el problema ineludible de la representación aparece en un marco tal que el vínculo directo entre experiencia y texto es cuestionado.

La segunda suposición vuelve problemáticos los criterios tradicionales con que se evalúa e interpreta la investigación cualitativa. Ésta es la crisis de legitimación, y comporta una necesidad de redefinir términos como *validez*, *generalización*, *confiabilidad*, etc., términos ya re teorizados una y otra vez en los discursos pospositivista (Hammerley, 1992), constructivista-naturalista (Guba y Lincoln, 1989, pág. 163-183), feminista (Olesen, Capítulo 10 en este *Manual*), interpretativo y performativo (Denzin, 1997, 2003); posestructuralista (Lather, 1993; Lather y Smithies, 1997) y crítico (Kincheloe y McLaren, Capítulo 12 en esta misma obra). Esta crisis abre la pregunta acerca de cómo evaluar el estudio cualitativo en nuestro momento actual posestructuralista. Las primeras dos crisis dan forma a la tercera, que dispara la pregunta: ¿es posible efectuar cambios en el mundo cuando uno considera que la sociedad es sólo (y siempre) un texto? Estas crisis se interconectan y desdibujan sus límites, como lo hacen las respuestas a las preguntas que generan (véanse Ladson-Billings, 2000; Schwandt, 2000; Smith y Deemer, 2000).

Durante el quinto momento, el período posmoderno de la escritura etnográfica experimental, los mayores esfuerzos se dirigieron a dotar de sentido a estas crisis. Nuevas formas de composición etnográfica se pusieron a prueba (Ellis y Bochner, 1996) y las teorías comenzaron a leerse como narraciones del campo. Los autores buscaron diferentes formas de representar al «Otro», si bien la cuestión misma de la representación ya se había vuelto un asunto problemático (Fine, Weis, Weseen y Wong, 2000; véase también Fine y Weis, Capítulo 3